

BREVE HISTORIA DE UNA GRAN MAESTRA

María de Jesús Piña Salazar (1894-1984)

pinachesnier@hotmail.com

D.F

Dicen que el tiempo acaba con todos los recuerdos, pero yo no lo creo; a mi edad, cuando la memoria empieza a fallar, puedo recordar uno por uno los momentos que viví y aquéllos que dejé pasar, que no probé. Mi vida fue un lapso entre una infancia de carencias materiales, no así afectivas, y una vejez plena de satisfacciones materiales, afectivas y profesionales.

Desde niña supe que mi misión era enseñar; me esforzaba por aprender, por demostrarles a mis maestros lo capaz y responsable que podía ser. Mi familia era muy humilde. Mi padre falleció muy joven, dejando a una viuda con once hijos que mantener y educar. Nosotros no teníamos luz eléctrica, pero eso nunca fue un motivo para que yo dejara de cumplir. Dios ayuda a quienes somos testarudos y tenaces y Él me reservaba un lugar en una fría e incómoda banqueta, además de la luz de un farol que yo tenía a mi disposición todas las noches. Como también era orgullosa, me impuse la tarea de hacer que mi escritura fuera la más bonita de mi grupo, y lo logré, mis rodillas eran un buen escritorio para practicar mi caligrafía. Es por eso que yo nunca supe lo que era inventar pretextos para no sobresalir; además de que me ahorró la angustia de llegar al otro día sin la tarea hecha. Durante toda la primaria mis calificaciones fueron sobresalientes y cada año me invitaban a una ceremonia muy formal, en la que recibía un diploma por aprovechamiento de manos del Presidente de la República. Guardo esos diplomas con mucho cariño porque algunos están firmados por Don Porfirio Díaz, y otros por Don Francisco I. Madero, así como el secretario de la entonces Instrucción Pública, el Maestro Justo Sierra.

Muchos de mis maestros reconocieron el esfuerzo que yo hacía y me apoyaron incondicionalmente; sin ellos yo no habría podido conseguir todo lo que logré. Este gesto de solidaridad y de amor a la enseñanza se quedó grabado en mí y me hizo confirmar lo que yo ya sospechaba desde niña, que había nacido para enseñar. Tenía que compartir lo que había recibido. Y fue maravilloso, no sólo le devolvía a la vida el favor que me había hecho, sino que esta profesión me dio un lugar en el mundo. Se convirtió en mi razón de existir.

No tuve hijos, nunca me casé; no fue por falta de oportunidades. Esteban, mi querido Banny, mi músico, mi enamorado, me ofreció un espacio en su vida y yo le negué uno en la mía, nuestros tiempos no eran los mismos y él se fue como todo aquello que nos deja un hermoso recuerdo, discretamente, sin reproches ni reclamos. Conservé hasta el final de mis días unas cartas de amor y de dolor y la partitura de una pieza dedicada a mí, de cuando Banny pensaba que recorreríamos el camino juntos. Todavía lo recuerdo, y muchas veces me pregunté qué habría pasado si yo le hubiera dado a mi corazón la

oportunidad de amar como lo han hecho muchas mujeres, aun a costa de su familia y su carrera.

Fue una breve historia de amor, pero yo llené ese vacío en las aulas. Mis hijos eran todos esos niños que estaban frente a mí; mi ternura, mi calidez y mi paciencia las volqué en esas criaturas de quienes aprendí más de lo que yo les pude enseñar. Aprendí que el verdadero maestro no es aquél que se impone a través del miedo o la intimidación, ellos supieron despertar en mí el amor maternal que yo había querido adormecer. Aprendí que uno recibe lo que da, en la misma medida; que puede más una palabra de aliento que un insulto o un castigo. Recuerdo que cuando empecé a trabajar era yo muy joven, tenía apenas dieciséis años y estaba llena de ilusiones, como todos los adolescentes que obtienen su primer puesto; y con toda la energía que regala la juventud. Con el tiempo fui descubriendo muchas estrategias que no se aprenden en la escuela y que sólo da la experiencia profesional. Cuando entraba en mi salón de clases y los alumnos gritaban y jugaban, ignorando a esa pobre adolescente que hacía todo por llamar su atención, yo comenzaba a hablar muy quedito y solamente me dirigía a los que estaban sentados hasta adelante. Entonces, como un milagro, aquellos rebeldes dejaban de hacer ruido y, curiosos por saber lo que la maestra se estaba secreteando con ese selecto grupo de niños bien portados, empezaban a tomar sus lugares y a poner atención. Esta técnica nunca me falló y hoy me siento muy orgullosa de nunca haber gritado, nunca haber herido ni de haberme aprovechado de mi estatus de maestra, porque yo nunca me sentí superior a mis hijos adoptivos, esos que la vida me había enviado para satisfacer mi instinto materno.

En ese entonces yo ganaba un peso con cincuenta centavos diarios, no representaba una fortuna, pero era un sueldo digno para una profesora principiante; además, mi trabajo me llenaba y toda la pasión que yo creía inexistente la desbordé en él. Con ese modesto sueldo pude ahorrar lo suficiente para comprarle a mi madre una pianola, pues ella había abandonado su carrera operística -que en su momento la llevó a compartir el escenario con Ángela Peralta- por dedicarse a sus hijos. Ese fue unos de los momentos más satisfactorios de mi vida personal y que pude vivir gracias a mi trabajo.

La vida quiso que ese hueco que deja el no formar una familia propia se fuera llenando con la presencia de mis sobrinos. Con mi incipiente instinto materno y el entrenamiento docente que me habían proporcionado mis primeros grupos de primaria, enseñé a la siguiente generación de mi familia a escribir sus primeras letras y a leer sus primeros cuentos. todos ellos, con la ayuda de mi hermana Margarita, les dimos carrera y todos fueron hombres de bien y excelentes profesionistas. Años más tarde lo hice también con mis sobrinos nietos, con quienes me tocó convivir en la plenitud de la madurez. Así que puedo decir que sí tuve hijos y nietos, no nacidos de mí, pero a los que quise como si

yo los hubiera tenido, y a los que les transmití todo lo que yo había aprendido. Me gustaba ver sus calificaciones y saber cómo progresaban en la escuela; me gustaba también regalarles cuadernos y lápices y que me pidieran que les explicara algo que con su maestra no habían entendido, para entonces yo lucirme y darles una cátedra sobre el tema. Siempre quedaron contentos, y yo siempre les agradecí, sin decírselos, el permitirme compartir con ellos esos momentos de complicidad.

Con los años fui subiendo escalones hasta convertirme en directora de escuela y más tarde en inspectora de zona. Durante muchos años ejercí los dos cargos al mismo tiempo: por las mañanas era inspectora y por las tardes, directora de una escuela nocturna. Extrañaba estar con los muchachos en el salón de clases, pero mis nuevos puestos requerían de la experiencia que yo había acumulado, y, además, de alguna manera seguía en contacto con los alumnos. Cuando surgía una situación conflictiva con alguno de los muchachos yo tenía que intervenir para apoyar a mis compañeros maestros; entonces, trataba de ser la amiga que ellos necesitaban, pues sabía que un alumno que causa problemas o que no aprende es porque tiene otras prioridades en su cabeza. Aprendí que muchos de los alumnos viven situaciones muy duras para su corta edad y que la escuela es para la mayoría de ellos el lugar donde encuentran un poco de paz, de alegría y de apoyo. Me conmovía cómo algunos buscaban con su mirada un gesto de aprobación mío, nunca se los negué, porque eran ellos quienes me hacían un favor al regalarme una sonrisa de satisfacción en sus caritas.

El 9 de abril de 1968 recibí una de las cartas más importantes de mi vida profesional: la notificación de la H. Comisión Nacional Mixta de Escalafón haciéndome saber que era yo acreedora a la Orden Mexicana “Maestro Ignacio Altamirano” por cincuenta años de servicio ininterrumpido en la labor docente. La ceremonia se llevó a cabo el 15 de mayo de ese mismo año en el Palacio de las Bellas Artes. Un diploma y una medalla de oro me fueron entregados por Don Gustavo Díaz Ordaz, entonces Presidente de la República. Este reconocimiento me inyectó más ganas de seguir trabajando en esta profesión que llenó mis ambiciones profesionales y que me ayudó a transformar mis ideales personales.

Trabajé hasta que la ausencia de fuerzas físicas empezó a doblegarme, hasta que mis ideas empezaron a confundir el pasado con el presente. Me retiré en el momento en que debía hacerlo, después de sesenta y un años de servicio, con el dolor de dejar mis aulas, mi oficina, las voces estruendosas durante el recreo, mis cuadernos de apuntes, el cariño de mis compañeros de tantos años, pero, sobre todo, con el dolor de saber que ya no podría seguir ayudando a esas criaturas, que ya no me sonreirían con agradecimiento y que ya nunca volvería a oír: “Hasta mañana, Maestra Piña”.

A manera de recuerdo póstumo a una gran Maestra.

PATRICIA Y NORMA PIÑA MARTÍNEZ